



Arzobispo de Santiago

Carta Pastoral para el Sínodo diocesano 12 de octubre 2012

Renovarnos desde Cristo caminando en comunión

Índice

Introducción.

1. *¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!” (Is 60, 1).*
2. *“El vino nuevo se echa en odres nuevos” (Mt 9, 17).*
3. *¡Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis! (Jn 21, 6).*
4. *“Sal de tu tierra” (Gn 12, 1).*
5. *Pero, “¿cómo puede nacer un hombre siendo viejo?” (Jn 3, 4).*
6. *Con vosotros soy cristiano, para vosotros obispo (San Agustín).*
7. *“Donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20).*
8. *“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap 21, 1).*
9. *Oración para el Sínodo*



Arzobispo de Santiago

Introducción

Queridos diocesanos:

1. Nuestra Iglesia diocesana, que peregrina en un amplio espacio de la comunidad gallega, “aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4). El Espíritu Santo la constituye como cuerpo de Cristo mediante la Palabra y los sacramentos, la reúne en la diversidad de carismas y ministerios y la hace “signo de la unidad íntima con Dios y la unidad de todo el género humano” (LG 1). Esta Iglesia, enraizada en la memoria apostólica, unida a su Obispo, en comunión con la Sede de Pedro y las otras iglesias particulares, se presenta ante el mundo como testigo de Jesucristo y sacramento de salvación para todos aquellos que nos acompañan en la peregrinación de la humanidad hacia su fin último.

2. La Iglesia que peregrina en Santiago vive y espera, reza y actúa con la única finalidad de dar a conocer a Nuestro Señor Jesucristo y su mensaje de salvación, que es plenitud de verdad y gracia para todos. Nuestra Iglesia, peregrina por gracia, se reconoce como “germen y principio” (LG 5) del Reino de Dios en esta amada tierra de Galicia. Por esto quiere vivir y enseñar al mundo la confianza en Jesucristo, por la cual ninguna persona es ajena a la misericordia de Dios, y ninguna situación humana carece de la posibilidad de la esperanza. Una Iglesia, meta y lugar de acogida de tantos hombres y mujeres que llegan de todos los confines del mundo, tiene que convertirse de corazón a Jesucristo para poder darlo a los peregrinos y hombres y mujeres de buena voluntad.

3. “En la Constitución apostólica *Sobre las leyes de la Sagrada disciplina*, por la que se promulgaba el actual Código de Derecho Canónico, el Santo Padre Juan Pablo II colocaba entre los principales elementos que, según el Concilio Vaticano II, caracterizan la verdadera y propia imagen de la Iglesia “la doctrina por la que se presenta a la Iglesia como Pueblo de Dios y a la autoridad jerárquica como un servicio; igualmente, la doctrina que muestra a la Iglesia como *comunión* y en virtud de ello establece las mutuas relaciones entre la Iglesia particular y la universal, y entre la colegialidad y el primado; también la doctrina de que todos los miembros del Pueblo de Dios, cada uno a su modo, participan del triple oficio de Cristo, a saber, como sacerdote, como profeta y como rey”¹.

4. Como pastor de la Iglesia de Santiago, he pretendido siempre que esta rica enseñanza esté subyacente al quehacer pastoral diocesano. En

¹ Congregación para los Obispos, *Instrucción sobre los Sínodos Diocesanos. Proemio*. Roma 1997.



Arzobispo de Santiago

estos últimos años nuestra diócesis viene celebrando las asambleas diocesanas, que son también entre otras, una forma de expresión de la comunión diocesana, aunque con connotaciones diferentes al sínodo que nos disponemos a celebrar y al que convoco con esta carta pastoral, consciente de que os llamo a todos para vivir una experiencia nueva de comunión, poniéndonos en camino para hacer realidad entre nosotros la urgencia de la Nueva Evangelización en el aquí y ahora de nuestra Diócesis. A tan apasionante tarea os convoco con profunda alegría y renovada esperanza.

1.- ¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!" (Is 60, 1)

5. Aun en el momento de incertidumbre social como el que vivimos, las personas somos capaces de rasgar el horizonte de desaliento instalado en nuestra cultura. Ciertamente hay voces que incitan al miedo y a renunciar al riesgo de la generosidad para resguardarnos en la rutina. Parecemos estar en un gran mercado mediatizados por un sinfín de imágenes, opiniones y frases hechas que sustituyen a la realidad y a la reflexión, pregonando las maldades del ser humano y lo peor de esta cultura.

6. Sin embargo, ¿qué le cabe esperar a nuestro mundo si no se hace cómplice de los sueños de un niño y los menosprecia? ¿Qué esperanza cabe si suponemos saberlo ya todo, haberlo vivido ya todo, como si la vida no tuviera nada nuevo que enseñarnos? Quienquiera que se acerque a la existencia de muchas personas en su condición de creyentes, podrá descubrir el tesoro que su experiencia esconde, asombrándose de todo lo que es capaz el corazón humano.

7. Muchos hombres y mujeres no resignándose ante los embates de la vida ni ante su falta de perspectiva laboral obran auténticos "milagros" para sacar a sus familias adelante; para los análisis sociales son bolsas de pobreza, sin embargo, por su riqueza de espíritu, son verdaderos oasis de humanidad. Han comprendido que hay que hacer tesoros en el cielo, "donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban" (Mt 6, 20). Otros, en cambio, se sienten decepcionados por las ofertas que les prometían felicidad. Reconociéndose a sí mismos llenos de cosas, se ven vacíos por dentro; ricos en medios, pero pobres en fines; rodeados de gente, pero mendigos de afecto; satisfechos profesionalmente, pero insatisfechos con la vida: nuestra sociedad parece a veces una muchedumbre solitaria.

8. Pablo de Tarso sufrió en su propia carne la herida de la decepción, pero gracias a su fe en Cristo y a su entrega incondicional a la comunidad de Corinto alcanzó las profundidades de lo humano, pudiendo



Arzobispo de Santiago

exclamar: *“Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados”* (2 Cor 4, 7-8). En efecto, aun cuando sufrimos nos agarramos a un destello de esperanza. Escuchando a nuestros conciudadanos ésta se deja decir en expresiones de la vida cotidiana que concretan pequeños anhelos personales, muchas veces en compañía de los que sienten más próximos. Son, con todo, el eco de un anhelo de plenitud aun mayor... En la experiencia de la entrega en la familia y en la amistad auténtica, las personas presentimos, aunque a veces no seamos conscientes de ello, la generosidad que hace de verdad grande al ser humano. Para muchos, el poder dedicar a sus pequeños el tiempo de cariño que sus horarios les arrebatan, o el cuidar con gran sacrificio a sus mayores, significa que es posible sentirse vivos aun en medio del sufrimiento.

9. A pesar de la presión social que estamos padeciendo, no deja de haber profesionales que sirven a la comunidad sosteniendo a contracorriente convicciones y valores, anteponiéndolos al provecho individual. Son luces en medio de una sociedad herida por la avaricia y la corrupción. En su integridad puesta a prueba en lo cotidiano, se hace carne la justicia que anhelan los desfavorecidos. Además, no son pocos los que en este momento de crisis económica, con valentía y gran generosidad colaboran individualmente o bien asociados a otros, para que no falte a nadie lo que nos humaniza a todos. Ofrecer al que lo necesita del propio tiempo, del propio salario, del propio saber e incluso de sí mismo², supone para la persona que lo realiza la recompensa del sentido de la vida, y para la sociedad entera la levadura de una nueva justicia. Se presiente así que el bien del que somos capaces, por pequeño que sea, es resonancia de esa ternura con mayúsculas que los creyentes llamamos Dios, como si todas las acciones buenas fuesen ecos de su única Palabra.

10. En los jóvenes, reserva de esperanza de nuestra sociedad, recordamos la capacidad que aún tenemos de rebelarnos contra lo injusto y soñar con un mundo distinto del que impone la dictadura del individualismo. ¡Sin utopía y generosidad no seríamos capaces de transformación! En mi tarea pastoral advertí en muchos de los jóvenes una integridad que el consumismo de sus mayores no había marchitado; ese mismo consumismo insolidario que nubló su horizonte personal y laboral. Algunos de ellos aun teniendo la mejor capacitación profesional, se ven en un callejón sin salida que les impide un proyecto de vida familiar y la contribución con su talento y esfuerzo al

² JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el Evangelio según S. Mateo* (50, 3-4); PG 58, 508-509: “¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies pues cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez... Pues Dios no tiene ciertamente necesidad de vasos de oro, pero sí, en cambio, desea corazones semejantes al oro”.



Arzobispo de Santiago

crecimiento de esta sociedad. Lejos de poder escoger opciones motivadas por la vocación de servicio a la comunidad, han de tomar aquellas que eviten el anonimato del desempleo. ¿Acaso es el paro un destino cíclico o más bien el síntoma de un sistema profundamente injusto?

11. Con tristeza y preocupación volvemos a ver en nuestra Galicia cómo algunas personas la dejan por la necesidad de buscar nuevos horizontes laborales. Nuestra sociedad desangra sus energías con el goteo constante de jóvenes cualificados que tiene que alejarse del entorno familiar. Por otra parte, el progresivo envejecimiento de nuestra sociedad parece ser consecuencia de la materialización de la vida, y el síntoma de una cultura que contempla desde el temor y sin confianza su futuro. El mismo bienestar que ha permitido un rápido crecimiento en los últimos años, parece convertirse hoy en el miedo que paraliza la posibilidad de ser padres y la vitalidad de esta sociedad.

12. No parece que la palabra crisis, omnipresente en nuestro vocabulario colectivo, describa sólo una situación económica, sino también la de todo un mundo de motivaciones y compromisos, como si la brújula de nuestras conciencias se hubiera desnortado. En la ciudad común campa el imperio del individualismo, prohibiéndonos sanar las raíces de esta crisis que estamos padeciendo. Cuando se consolida un proyecto social basado en el enriquecimiento rápido y en el inmediatismo, desaparecen los valores comunitarios; mientras, los compromisos que pueden humanizar esta sociedad, se relegan a la iniciativa de unos pocos o a los ámbitos marginales de las opciones personales. Da la impresión de que cada cual hubiera de restaurar en soledad, o apenas con los suyos, la casa de sus valores. No deberíamos ser cómplices en lo público de lo que no quisiéramos para nosotros en lo privado. Lo que uno no desearía ni para sí ni para los suyos, no debería aceptarse para la gran familia humana que es nuestra sociedad. El auténtico bien que uno desea para los suyos, es también la misma justicia que debemos construir entre todos.

13. ¿Acaso la ancianidad ha de significar tan sólo un lastre para nuestro sistema económico? Si no honramos a nuestros mayores, ¿qué valores transmitiremos a niños y jóvenes? Minusvalorando las cicatrices de los mayores nos volvimos prisioneros del presente. El espejismo del desarrollo inmediato desfiguró la belleza de nuestra geografía. Ni Galicia ni ninguna sociedad pueden soportar el reinventarse en cada momento, echando por la borda el bagaje cultural y moral que le han legado sus generaciones pretéritas³.

14. ¿Qué clase de economía es la que privilegia el valor de mercado a costa del valor de la persona? Cuando la moral es considerada superflua, la corrupción es inevitable. Con sólidos argumentos nuestro Papa

³ Cf. J. BARRIO BARRIO, *El mensaje contemporáneo de la Iglesia, mensaje de modernidad humana* (Conferencia).



Arzobispo de Santiago

Benedicto XVI sostiene que es urgente liberar la razón económico-financiera de la jaula de la tecnocracia y del individualismo. En efecto, esta sociedad saturada de información padece anemia de valores, víctima de esa *realpolitik* que lo valora todo desde el mero pragmatismo y desde la estrategia por el poder. ¿Acaso las raíces de la crisis que padecemos son únicamente económicas? El dios dinero nos ha inoculado el miedo a compartir. ¿Es que es lo mismo el confort que la felicidad? ¿Es que del consumismo nos puede venir la vida y la alegría? El placer de la mayoría no puede ser la propuesta de felicidad y norma de conducta de los seguidores de Cristo.

15. En este horizonte me pregunto ¿quién será el samaritano que en nuestros días se detendrá en medio del camino a curar y vendar las heridas de los que han sido ignorados por el inmediatismo de esta sociedad? Tenemos ojos pero no vemos, oídos, pero no escuchamos, voz, pero consentimos y callamos. Gracias a la luz del Evangelio, estoy convencido de que los sufrimientos de ahora son dolores de parto de esta nuestra Galicia, que acoge, quizá aun sin saberlo, la semilla de su alumbramiento. Hoy los cristianos estamos llamados a ser vigías que, atentos a la Palabra de Dios, podamos salir de caminos ya trillados y descubrir en la vida el misterio del dolor y la fuerza vital de la resurrección. Nuestra Iglesia diocesana es testigo de que son miles y miles las personas de toda edad y condición, que dejando atrás la rutina que asfixia su alma, haciéndose peregrinos comparten no sólo su alimento y su tiempo, sino su fe y sus esperanzas más profundas.

16. Soy plenamente consciente de que hoy en día no pocos de nuestros conciudadanos sienten la Iglesia como algo extraño o ajeno a sus vidas. Es posible que, a veces, nuestro actuar les haya llevado a imaginar que aquella es una institución meramente humana. La Iglesia es ciertamente comunidad compuesta por hombres y mujeres redimidos de su pecado. A nadie hiere más la Palabra de Dios, capaz de escrutar los corazones, que a los discípulos de Cristo. Por eso somos acción creadora de Dios, acrisolada en el fuego de su misericordia, de su fidelidad y de su ternura.

17. Muchos también buscan con sinceridad las huellas de Cristo en organizaciones benéfico-sociales, tal vez decepcionados por no encontrar en los que formamos la Iglesia los valores que consideran irrenunciables, o por sentir vacías aquellas experiencias que les movieron a sentirse vinculados a ella en otros momentos de su vida. Con su búsqueda y generosidad dignifican esta sociedad. Más aún, son un cuestionamiento positivo para nuestra comunidad eclesial. Les pido de corazón que si tuvieron de ella la experiencia de ser algo meramente humano y que no vale la pena, que prosigan su búsqueda, ya que la verdadera Iglesia de Cristo no es algo sólo humano. Si abandonaron las vivencias religiosas que forjaron su infancia y juventud, no se detengan en su búsqueda, porque Dios es siempre mayor que nuestra religiosidad. En la



Arzobispo de Santiago

generosidad y valentía de tantos voluntarios, los creyentes podemos reconocer el Evangelio escrito en sus corazones. ¿Quién negará que en muchos de ellos haya mucha de la generosidad a la que estamos llamados los cristianos?

18. En la vía pública de la humanidad, todos, absolutamente todos, no dejamos de encontrar a Dios sino en la medida en que lo buscamos. El que, atribuyéndolo a su intuición personal, presume haberlo encontrado, ha fracasado ya en su propia búsqueda. Dios, manantial vivo siempre mayor que nuestra sed, no entrega sus aguas medicinales a los saciados, sino a los sedientos⁴. Por todo esto, quisiera haceros una llamada, de corazón a corazón, a aquellos que silenciosamente abandonan la vivencia eclesial de la fe: sólo en Jesucristo y en la comunidad de su Iglesia podéis encontrar respuesta a vuestros afanes y proyectos. Volved a Él de corazón y encontraréis la paz.

2.- “El vino nuevo se echa en odres nuevos” (Mt 9, 17)

19. Es mi deseo que ahora más que nunca encaminemos nuestros pasos hacia el manantial de la Palabra de Dios, capaz de transformar nuestras vidas y también la sociedad en que vivimos. La Palabra, a la vez que nos alimenta, nos zarandea para que no nos deshumanicemos; nunca nos deja satisfechos, porque es capaz de regalarnos hambre de Dios y sed de su justicia, nos llama a levantarnos y a trabajar juntos por el alimento que no perece. Ojalá que Jesucristo, Palabra de Dios encarnada, nos alcance a todos, nos resucite y proclame de nuevo: “*Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio*” (Mc 1, 15). Este Reino, que no se identifica con ningún proyecto ético ni político, únicamente puede venir de Dios, pero sólo puede abrirse camino a través de la voluntad de los hombres. Sin duda, nuestra Iglesia diocesana necesita con urgencia esa Palabra, no sea que se convierta en sal sosa, en guía ciego que guía a otros ciegos. ¡Que esta Palabra viva alcance el centro de nuestro sentir y pensar!

20. Hoy, de manera especial, es urgente volver a las antorchas de nuestra fe, a los testigos de la ternura divina que desde el corazón del Evangelio nos apremian: a los compañeros del paralítico solidarios con su amigo; a la viuda pobre que con su generosidad ofreció cuanto tenía para vivir; al leproso que con audacia se acercó para ser tocado por el mismo Hijo de Dios; al

⁴ En las hermosas palabras de nuestra poeta, Rosalía de Castro, podemos reconocer muchas biografías sostenidas por una fe vivida muchas veces en el silencio: “*Tan sólo dudas y terrores siento / divino Cristo, si de Ti me aparto / mas cuando hacia la cruz vuelvo los ojos / me resigno a seguir con mi calvario / Y alzando al cielo la mirada ansiosa / busco a tu Padre en el espacio inmenso / como el piloto en la tormenta busca / la luz del faro que le guíe al puerto*”. ROSALÍA DE CASTRO, *En las orillas del Sar*.



Arzobispo de Santiago

administrador que por su sagacidad e inteligencia fue felicitado por su señor; a la mujer cananea cuya valentía sorprendió al mismísimo Cristo; a las vírgenes que con su prudencia mantuvieron la lámpara de su esperanza; al publicano que con su humildad recibió la justificación que viene de lo alto; al centurión que gracias a su fe no divinizó a ningún César, y así pudo reconocer al único médico del ser humano; a Pablo, capaz de afrontarlo todo con su ardor apostólico; a Pedro, transfigurado por la conversión para hacerse comunión y roca para sus hermanos; a María, a quien su fe le mereció ser la madre del mismo Amor. Necesitamos, en una palabra, ¡dejarnos evangelizar por Cristo para ser evangelizadores!

21. Queridos diocesanos, ¡alimentémonos de la Palabra y seamos pan para los que hoy tienen hambre de Dios! Toda persona tiene el derecho de acceder a la experiencia del Evangelio, pero necesita que alguien se la anuncie. Hemos de llevar a las personas a Cristo, pues sólo él salva. Nuestros contemporáneos nos están preguntando: *¿Cómo vamos a entender la Escritura si nadie nos la explica?* Aprendamos del diácono Felipe (cf. Hech 6, 5), quien movido por Dios, no dudó en acercarse hasta la carroza del ministro de Candaces, reina de Etiopía, para anunciarle que Jesús era el sentido de toda su búsqueda (cf. Hch 8, 26-40). Gracias a la experiencia de Felipe comprendemos que todo el que sabe leer la vida, sabe también leer el Evangelio, si alguien le acompaña en este proceso.

22. En efecto, a pesar de la distancia en el tiempo, el contexto que describe el libro de Hechos de los Apóstoles presenta desafíos semejantes al actual: nuestra Iglesia de Santiago como entonces la de Jerusalén se ve urgida, superando sus seguridades y “tradiciones”, a descubrir qué significado tiene la fe para esta cultura, que es religiosa, pero no cristiana. Está emplazada a anunciar por la vía pública de la humanidad y por las avenidas de la religiosidad popular al Dios desconocido. Así es, como ya entonces el centurión Cornelio, hoy no son pocos los que sin estar bautizados, han recibido el Espíritu Santo (cf. Hch 10, 47). Dios está ofreciendo a todos la posibilidad de que, de un modo sólo conocido por Él, participen del misterio pascual de Cristo⁵.

23. Esta historiografía de la Iglesia naciente es la guía en la que orientar la acción pastoral de nuestra Iglesia diocesana para su misión en esta sociedad. El libro de los Hechos de los Apóstoles testimonia que fue el Espíritu del Señor Resucitado, y no el ardor de los apóstoles, el que transformó sus temores en la confianza propia de los testigos. Los liberó de la cárcel de sus exclusivismos, los confirmó como misioneros; les dio audacia y valentía ante los poderosos, sensibilidad para reconocer a Dios en los pequeños; les infundió la obediencia de los hijos, los liberó de sus esclavitudes, los constituyó padres de

⁵ Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, n. 22.



Arzobispo de Santiago

muchos; los revistió de sano orgullo con las heridas por el nombre de Jesús; les liberó de la plata y del oro, les otorgó la fe que mira al enfermo y lo sana; los sostuvo en su celo, los derribó de sus seguridades.

24. Una nueva Evangelización con nuevo ardor apostólico, nueva expresión y con nuevos métodos podrá propiciar que nuestra Iglesia particular viva una primavera que dé su fruto a su debido tiempo. La enseñanza de la Sagrada Escritura lo anuncia y nuestra experiencia lo reconoce: la Palabra de Dios es capaz de transformar el desierto en campo fértil y hacer que la más insignificante de las semillas aun estando bajo tierra, y aparentemente sin vida, llegue a ser árbol donde se cobijen las aves del cielo. A todo esto os convoco con la fortaleza que nos da el Apóstol Santiago.

3.- ¡Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis! (Jn 21,6)

25. Testigo de esta fuerza dinamizadora del Evangelio, como Pastor de esta Iglesia particular he decidido convocar a toda la Diócesis a la celebración de un Sínodo Diocesano para que descifremos en comunión por dónde encaminar nuestros pasos en nuestro quehacer pastoral. Hemos comenzado ya esta peregrinación sinodal con la celebración de la eucaristía del día 12 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Pilar, en la Catedral. Quise que la celebración de ese día fuese el punto de partida de un tiempo de intensa oración que nos disponga a todos a dar los mejores frutos. Nuestra eficacia dependerá del dejarnos labrar por el Espíritu, fuente viva de caridad y comunión.

26. Probablemente algunos sentirán que mi convocatoria les llega en el atardecer de su jornada, otros, cuando el sol está aún en su mediodía, y para algunos, en su propio amanecer, pero estoy convencido de que el mismo Cristo se nos dará a todos como recompensa, si unidos sobrellevamos el peso de la jornada y aceptamos la invitación a cooperar con Él, único Señor de la viña. Al frente de la grey diocesana advierto nuestra necesidad de ser evangelizados y a la vez, la urgencia de la misión: nuestra fe se fortalece compartiéndola; cuando simplemente intentamos conservarla, la perdemos como aquel que enterró el talento que se le había dado (cf. Mt 25, 14ss). La razón de ser de nuestra Iglesia particular no es otra más que evangelizar. La Iglesia no es para ella misma, sino para los hombres y mujeres de esta sociedad⁶. Vienen a la

⁶ PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 12-13: “La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos. La orden dada a los Doce: “Id y proclamad



Arzobispo de Santiago

memoria las palabras de san Pablo a la comunidad de Corinto: “En el tiempo favorable te escuché, en el día de la salvación te ayudé. Pues mirad: ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación” (2 Cor 6, 2).

27. Realizando esta convocatoria me siento en comunión con el Papa Benedicto XVI que nos dejó lo mejor de su cercanía, afecto, experiencia espiritual y enseñanza en su peregrinación a Santiago, y quien al convocar el Año de la Fe, a fin de promover en toda la Iglesia un estímulo en la profesión del Credo, recuerda la análoga decisión tomada por Pablo VI en 1967, haciendo suyos los motivos de entonces. Una profesión que debe ser *individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca*⁷. Su predecesor, el Beato Juan Pablo II, advertía que la nueva evangelización es para la Iglesia pasar continuamente de evangelizadora a evangelizada.

28. Somos concedores de las transformaciones que se están produciendo en nuestra sociedad. Hemos de mantener la flexibilidad y docilidad necesarias que nos permita adaptarnos a los nuevos retos en el servicio a nuestros hermanos. ¡Nuestra Archidiócesis no celebraba un sínodo desde el 1909! Por otra parte, ¿cómo podrá ser nuestra Iglesia anfitriona de la esperanza de tantos miles de peregrinos, fundada sobre el cimiento del Apóstol Santiago el Mayor, si al mismo tiempo ella misma no se hace peregrina preocupándose por los de su propia casa? La misión *ad extra* es signo creíble y estímulo para la misión *ad intra*, y viceversa⁸.

29. Nuestro Papa Benedicto XVI nos dice: “La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud⁹”. Como Iglesia sabemos que es nuestro deber imaginar nuevos instrumentos y nuevas palabras para hacer audibles y comprensibles también en los nuevos desiertos, la palabra de la fe que nos ha regenerado para la vida, aquella verdadera, en Dios¹⁰. Hemos de recordar las intuiciones y aprovechar las energías del Concilio Pastoral de Galicia que a los diez años del Concilio

la Buena Nueva”, vale también, aunque de manera diversa, para todos los cristianos. [...] La Iglesia lo sabe. [...] Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia”.

⁷ Cf. Pablo VI, Exhortación Apostólica *Petrum et Paulum Apostolos*, en el XIX centenario del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (22 de febrero de 1967): AAS 59 (1967) 196; citado por Benedicto XVI en *Porta Fidei*, Carta Apostólica en forma de *motu proprio* con la cual se convoca el Año de la Fe (11 de octubre de 2011), 4: AAS 103 (2011) 725.

⁸ Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990) 34: AAS 83 (1991) 279-280.

⁹ *Homilía en la Misa de inicio de Pontificado* (24 abril 2005): AAS 97 (2005) 710, citado en la Carta Apostólica *Porta Fidei*, 2.

¹⁰ Cf. Sínodo de los obispos, XII Asamblea General Ordinaria (Instrumentum Laboris): *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, Ciudad del Vaticano 2012, n. 8.



Arzobispo de Santiago

Vaticano II con visión profética señalaba la posibilidad de nuevos caminos de evangelización, trazando interesantes pistas para su puesta en práctica¹¹. Muchas de sus intuiciones son aún un reto para el momento presente.

4.- “Sal de tu tierra” (Gn 12, 1)

30. Ante todo, un sínodo es hacer juntos una experiencia de comunión y corresponsabilidad, es diálogo fraterno es diálogo en comunión e impulso de misión para la familia de los diocesanos. Es una asamblea convocada por vuestro Obispo para revitalizar a la luz de la Palabra de Dios nuestro dinamismo evangelizador¹². Como instrumento pastoral implica una puesta al día y actualización de nuestro compromiso de fe. Será un proceso en el que nuestra Iglesia compostelana, tomará conciencia de sí misma, se descubrirá protagonista de su rumbo pastoral, y así más libre y conscientemente podrá asumir la responsabilidad de la acción pastoral y del testimonio de fe. Sin duda es uno de los mejores frutos de la recepción de la eclesiología del Concilio Vaticano II cuyo cincuenta aniversario estamos celebrando.

31. El proceso sinodal no es en absoluto algo externo o artificial a nuestro ser Iglesia. La misma palabra *sínodo* (σύν - ὄδος) dice ya mucho acerca del sentido de lo que es ella: asamblea, reunión, encuentro, caminar juntos... términos que para nosotros, diocesanos, tienen resonancias que nos remiten a la experiencia de la peregrinación jacobea y también a la eucaristía dominical que se celebra en todas nuestras parroquias y comunidades.

32. La Iglesia no sólo es sinodal desde sus inicios (cf. Hch 15), sino que es asamblea de hombres y mujeres que escuchando la Palabra se ponen en camino, y en ese mismo caminar, se dejan encontrar por Cristo. Por eso un Sínodo es *Iglesia en acción*, es manifestación de la Iglesia Local en su ser misterio de comunión, ya que la Diócesis es *un nosotros*. De hecho, algunas de nuestras instituciones diocesanas son ya de carácter expresamente sinodal: nuestro consejo pastoral diocesano, el mismo presbiterio en cuanto consejo del Obispo;

¹¹ Cf. Concilio Pastoral de Galicia 5.10: “Habendo como hai unha íntima vinculación da vida cristiá co apostolado, o Concilio Pastoral de Galicia pídelles ós bispos, sacerdotes, relixiosos, relixiosas e leigos da Igrexa en Galicia que tomen conciencia da necesidade de encamiñar todas as accións eclesiais a descubrir, alumear e promover a dimensión apostólica de todos os cristiáns. 5.11. Nas comunidades cristiáns promoveranse cun senso creador, tendo en conta a súa eficacia apostólica, aquelas asociacións que mellor respondan ás esixencias do momento presente”.

¹² Concilio Vaticano II, Decreto *Christus dominus* 36: “Desea este santo Concilio que las venerables instituciones de los sínodos y de los concilios cobren nuevo vigor. Así se procurará más adecuada y eficazmente el crecimiento de la fe y la conservación de la disciplina en las diversas Iglesias, según las circunstancias de la época”.



Arzobispo de Santiago

la Confer, como organismo que aúna y coordina a los consagrados que viven y trabajan en nuestra Archidiócesis, el colegio de consultores, las asambleas de catequistas con tanto arraigo en nuestra Archidiócesis. La célula básica de nuestro organismo diocesano, la parroquia, es ya sinodal, comunidad de comunidades que en la eucaristía celebra su fe y confirma su pastoral de misión; la misma Cáritas en su articulación diocesana, parroquial e interparroquial, etc. De esta urdimbre sinodal nace nuestro plan pastoral, expresión de un compromiso concreto, que traduce nuestro servicio evangelizador.

33. Hay además un don y una vivencia que confío nos traerá el sínodo. Nos ayudará a tomar una conciencia más viva de nuestra catolicidad, pues cuando de verdad nos comprometemos con lo particular, experimentamos lo universal. En cada aldea, en cada una de nuestras parroquias de la Diócesis está presente la Iglesia Católica. Si asumimos activamente la responsabilidad por nuestra realidad diocesana, sentiremos nuestra catolicidad, y así nos reconoceremos en la fe y en la misión de todas las demás Iglesias Locales. En efecto, la Iglesia compostelana es comunidad de comunidades, no conglomerado de grupos; es un pueblo, no una nación; es un fermento, no una masa; más allá de la configuración geográfica es una comunidad viva. La misma catolicidad impulsará el diálogo y el encuentro en comunión con nuestros hermanos, también cristianos como nosotros, haciéndonos vivir a todos el ecumenismo tan necesario, en camino hacia la unidad que Cristo quiere para su Iglesia, que es como una caravana de peregrinos, cuya meta es el banquete del Reino que ya actúa entre nosotros.

5.- Pero, “¿cómo puede nacer un hombre siendo viejo?” (Jn 3, 4)

Conversión

34. Nuestra Diócesis debe valorar desde la fe en qué medida métodos, estructuras, organismos diocesanos e incluso actitudes personales le acercan o alejan de su misión. Por eso estoy convencido de que el sínodo ha de estimular tanto la renovación de las estructuras como la conversión de los corazones. En este proceso, encontraremos algunas respuestas y lo que es aún más importante, nos haremos preguntas tal vez nunca formuladas hasta ahora. Evangelizar nos compromete a - permitidme esta expresión - “ayudar” a Cristo para que se siga encarnando en cada niño, joven y adulto, en cada hombre y en cada mujer. Pero también “ayudarlo” a ser la Luz que puesta en lo alto de la casa ilumine el fragmento de nuestra historia diocesana, nuestra experiencia social, y el ejercicio de nuestra misión pastoral.



Arzobispo de Santiago

35. Si el sínodo supusiera tan sólo una restructuración meramente organizativa que no surgiese de la escucha sincera de la Palabra, sería estéril, pero si respondiera tan sólo a un proceso de conversión limitado a lo personal, sin concreción en nuestras instituciones diocesanas y en nuestros modos de hacer, sería ineficaz. Con otras palabras, espero que este sínodo sea un asunto tanto de raíz, como de hojas y frutos.

36. Convertirse es renunciar a ser epicentro para hacer espacio en nuestros sentimientos y compromisos a Cristo y a nuestro prójimo. Implica arriesgar y, abandonando nostalgias, vivir en esperanza, desprendernos de lamentaciones y pesimismo¹³, y a la vez, renunciar a nuestras seguridades. El profeta Jeremías también nos lo está diciendo: *“Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones, y habitaré con vosotros en este lugar. No os creáis seguros con palabras engañosas, repitiendo: Es el templo del Señor, el templo de Señor, el templo del Señor”* (Jer 7, 3-4).

37. La conversión es nacer de nuevo para ver el reino de Dios (cf. Jn 3, 3) y supone vaciarnos de autosuficiencia para compartir la esperanza con quienes compartimos la misma fe. Queridos diocesanos, la misma cooperación entre nosotros tiene que ser el camino para alcanzar la comunión que necesitamos. Ésta va más allá de una natural simpatía o una espontánea colaboración de unos con otros. Es ascesis y artesanía diaria, fruto de la obediencia de todos nosotros al Espíritu de Jesús. Sólo Él puede hacer que los que somos distintos por mentalidad, experiencia y sentimientos, cooperemos unánimes en este importante servicio a nuestra Iglesia de Santiago. Estoy convencido de que esta conversión nos liberará para la misión. La experiencia nos enseña que nadie, si de verdad ha encontrado a Cristo y a sus hermanos, como los sabios de oriente, regresa a su vida cotidiana por el mismo camino (cf. Mt 2, 12). No olvidemos nunca que *es el mismo Jesús quien puede liberarnos para evangelizar*.

38. La conversión no es sólo un don únicamente para los individuos, sino para toda la comunidad cristiana, y nos lleva a ensanchar el espacio de nuestra tienda para que quepan los hombres y mujeres de hoy, y se sientan acogidos y acompañados en su soledad. Es el Espíritu quien nos libera de nuestras inercias colectivas para liberar a otros, para ser fermento de humanidad en una sociedad que padece esclavitudes, y que necesita escuchar con un lenguaje accesible, como por vez primera, entre el asombro y la esperanza: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos,*

¹³ Nuestra poeta Rosalía lo expresa bellamente: *“¡Ei!, Galicia, a que dorme soños de ánxel / e chora ó despertar / bágoas que, si consolan as súas penas / non curan os seus males!”* (Follas Novas V: *As viudas dos vivos e as viudas dos mortos*).



Arzobispo de Santiago

la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19)¹⁴.

Escucha

39. Pero también para nosotros, diocesanos, vivir el sínodo supone orientarnos juntos hacia la escucha de lo nuevo; por eso, espero que este sínodo (σύν - ὁδος) sea para esta Iglesia Local de Santiago un *éxodo* (ἔξ - ὁδος) que nos haga salir de la patria de nuestras inercias y prejuicios, tanto individuales como colectivos, para escuchar con oídos nuevos lo que el Señor Jesús está esperando de nosotros. Escuchar es ponerse en disposición hacia lo nuevo, abrir un tragaluz en nuestras rutinas y salir de nosotros y de nuestro “más de lo mismo”. No nos confundamos: no está en nosotros la novedad y la nueva evangelización que necesitamos, sino en quien nos regala su Palabra y confía en nosotros. Tengo toda la esperanza de que Cristo, como a San Pablo camino de Damasco, al salir a nuestro encuentro, nos derribe de nuestras rutinas y presumibles certezas; y de que, una vez limpios ya nuestros ojos, reconozcamos a la par con San Pedro: *“Ahora comprendo con toda verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia; sea de la nación que sea”* (Hch 10, 34-35).

Oración

40. No hay postura más realista que la orante, pues cuando nace del corazón nos obliga a cuestionar “los dogmatismos” que nuestra rutina había asentado y superar la soberbia de las falsas seguridades. La oración siempre nos devuelve a la orilla del prójimo. Por eso implica un compromiso valiente y decidido ante la vida. Nuestra Iglesia diocesana necesita con urgencia cristianos con una espiritualidad de ojos abiertos: creer es vivir ilusionados, no de ilusiones. Una actitud orante creará en todos nosotros un oído atento capaz de escuchar lo que pasa inadvertido, y presentir así el susurro del Espíritu en medio del estruendo de los acontecimientos, del ruido mediático que ensordece y nos incapacita para cribar lo trivial de lo real, lo superfluo de lo necesario, lo llamativo de lo importante. Con la Virgen María nos pondremos a la escucha de esa Palabra que es capaz incluso de hacerse carne en nosotros. Estoy convencido de que la Primera Discípula nos ayudará a discernir cuándo nos estamos buscando a nosotros mismos, y no a Aquel que nos busca. Perseverando con ella unánimes en oración, esperamos experimentar un nuevo Pentecostés en nuestra realidad diocesana. ¿Acaso dudamos de que el Resucitado pueda remover la losa de nuestros pesimismo y prejuicios? ¿Acaso

¹⁴ PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 56: AAS 68 (1976) 46: “[La Iglesia] debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles la revelación de Dios y la fe en Jesucristo”.



Arzobispo de Santiago

no creemos que el Espíritu pueda formar en nosotros un corazón de carne? Pido para todos a María, Madre de la Iglesia, que dejemos al Espíritu obrar en todos nosotros.

Realismo esperanzado

41. La tarea del sínodo requerirá de nosotros toda la fe en la providencia de Dios y toda la puesta en valor de nuestros recursos personales y colectivos. Para transformar nuestra realidad diocesana necesitaremos trascenderla, y para no repetir errores, reconocer nuestras deficiencias. Necesitamos un sano espíritu de discernimiento, un realismo creativo, una sociología de la esperanza y un juicio crítico para responsabilizarnos más eficaz y conscientemente de aquellos que son marginados por los posicionamientos socialmente establecidos, y para ser hoy la Iglesia que Dios quiere. Nuestra acción pastoral debe entender bien las necesidades actuales, teniendo en cuenta condiciones no sólo morales y espirituales, sino también sociales, económicas y culturales. Se trata, en definitiva, de vivir la realidad como el solar donde se está realizando nuestra historia de la salvación.

42. Nuestro amor por la Iglesia no puede ser el pretexto para canonizar nuestros prejuicios. Por eso, no desperdiciemos con nuestro celo lo que está haciendo germinar la fe, no sea que como Saulo, aun con los ojos abiertos, no veamos nada (cf. Hch 9, 8). Si sabemos interpretar aspectos importantes de la vida de todos los días, ¿cómo no sabremos hacer lo mismo con nuestra vida diocesana? (cf. Lc 12, 56). El realismo esperanzado no pasará por alto nuestras deficiencias, pero nos ayudará a reconocer y a presentar con confianza al Señor nuestros cinco panes y dos peces. Voces propias y ajenas intentarán desanimarnos: *Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?*" (Jn 6, 9). No son nuestras palabras, sino la Palabra quien parte el pan y multiplica nuestras energías.

43. Una actitud honesta hacia nosotros mismos y hacia la realidad que nos rodea nos rescatará del mero cumplir y del atribuir a una responsabilidad colectiva y difusa lo que es consecuencia del cúmulo de opciones diarias, tanto colectivas como individuales. El desapego hacia nuestra Iglesia no es más que la otra cara de la moneda del desamor hacia lo mejor de nuestra fe. La reflexión serena y crítica nos quitará la venda del providencialismo que nos induce a esperar de Dios lo que no estamos dispuestos a hacer nosotros. No nos engañemos: ¡no podremos esperar del Sínodo lo que no estemos dispuestos a compartir y no exijamos a los demás lo que no esté dispuesto a aportar cada uno!

44. Por otra parte, el sano espíritu es reacio a identificarse con extremismos de cualquier clase y a alimentar adhesiones personalistas, y es capaz de asimilar la diferencia y la comunión. Es perspicaz para reconocer,



Arzobispo de Santiago

superando la lógica bipolar del todo o nada, lo bueno y verdadero que hay en los demás. A veces nos cuesta asumir que la diversidad no supone contradicción, que la comunión es armonía de lo diferente. Porque nadie individualmente, ningún grupo, ninguno de nosotros, ni ninguna espiritualidad puede expresar todo lo que el Evangelio de Jesús implica. Por eso, cada uno de nosotros, cada cristiano, necesita de la comunidad entera y del carisma evangélico de todos los demás.

45. La reflexión serena nos ayudará a no imponer nuestros criterios, no sea que con la cizaña arranquemos también el grano; nos dará paciencia para acompañar los ritmos de las comunidades, no sea que al soplar para avivar el fuego, apaguemos también el pábilo vacilante; pero también nos librerá de la pasividad que escandaliza a los más débiles. Nos ayudará a reconocer con serenidad la viga en nuestros ojos (cf. Mt 7, 5) al ver las semillas de verdad en el hermano. Evitará que identifiquemos libertad con individualismo y consenso con inercia. La tarea que tenemos por delante es ardua, pero hermosa. Poniendo la mirada en los signos de los tiempos, sabremos dar juntos con el tesoro escondido en nuestra tierra.

6.- *Con vosotros soy cristiano, para vosotros obispo (San Agustín)*

46. No dejo de admirar el que Cristo se haga presente entre nosotros por medio de la entrega de hombres y mujeres, pobres seres humanos, entre los que me encuentro. En ello descubro que es voluntad de Dios hacerse débil para poder ser cercano a todos. En cada sacramento también celebramos este misterio. Verdaderamente, Cristo es el único y verdadero Pastor, el único y verdadero sacerdote (cf. Heb 5). Unido a Él como los sarmientos a la vid y al mismo tiempo a vosotros, como a mis hermanos, puedo alentaros en la fe que tenéis.

47. En la vida de Jesús amando a los suyos hasta el extremo veo el rumbo de mi vocación de Pastor de la Iglesia diocesana: he sido consagrado para enseñar, aunque soy testigo de que el único Maestro es el que lava los pies a sus discípulos; estoy llamado a regir y apacentar la fe de todos vosotros, pero sabiendo que sólo Él es la Cabeza y todos nosotros, su Cuerpo; soy enviado a santificar al pueblo que tengo encomendado, aunque reconozco que la fuente de toda santidad es el Padre quien nos santifica a todos mediante su Palabra y su Espíritu.

48. Recordando muchos momentos con vosotros, tras los años de servicio a esta Diócesis que se me ha encomendado, constato agradecido, que junto a vuestras huellas, estuvieron siempre las de Jesús; es verdad: unas veces, marcas de júbilo, otras de misericordia. Le reconozco entonces presente tanto en



Arzobispo de Santiago

los momentos buenos como en los más difíciles. Al igual que los de Emaús, quizá preferiría hacer un alto para saborear la Palabra y la presencia que Él ya nos fue regalando por el camino. Si ya tenemos “los cinco panes y los dos peces”, ¿vale la pena remar mar adentro, echar las redes cuando apenas ha salido el sol? La responsabilidad por la cura pastoral de esta Diócesis me anima a pensar en todos y no en mí mismo.

49. Como es lógico, en todas las diócesis habrá quien aventaje al propio Obispo en ciertos dones y carismas, pero sólo él está llamado a verificar que no son sólo un bien legítimo para esa persona o para ese grupo, sino ante todo, para la comunidad entera. La caridad y el bien común de todos es el criterio de autenticidad de todo don y carisma. Como Obispo, reconozco el valor de cada piedra viva, pero mi responsabilidad es velar ante todo, por la solidez de la casa entera. Por eso tengo en cuenta los carismas de cada uno, pero siempre en función del bien de todos; os escucho también a todos, pero para no atender sino a Dios, Padre de todos; cuento con cada uno de vosotros, pero para que no se haga sino la voluntad del único Señor; puedo guiaros porque antes el Espíritu me hace obediente. La razón de ser del ministerio episcopal que me ha sido dado, ayudado por los presbíteros, colaboradores del orden episcopal, es el servicio al sacerdocio común, suscitando y animando los carismas que Dios quiera conceder a esta Iglesia Compostelana.

50. Soy consciente de que nuestra Iglesia diocesana está viviendo la transición hacia una nueva realidad que es necesario acompañar. Todas las transformaciones, todas las crisis, nos traen algo bueno: nos reenvían al tesoro de nuestra fe, el Evangelio. Confío en que el Sínodo nos ayude a discernir lo esencial de lo superfluo, a descubrir en caridad nuestras heridas, y en comunión las soluciones. Por extraño que os parezca, quien es el responsable de toda la pastoral diocesana, es al mismo tiempo el que más os necesita a todos para el desempeño de su tarea.

51. Lo sabemos, nuestra comunidad diocesana es mucho más que la suma de los bautizados en el territorio de nuestra diócesis. Tampoco los cristianos nacimos cuando la naturaleza nos empujó a salir del vientre de nuestra madre, sino cuando regenerados por la gracia de Dios, tomamos conciencia de lo que significaba nuestro bautismo. Entonces dejamos de ser agregado de grupos para convertirnos en comunidad de piedras vivas; dejamos de ser gregarios para ser creativos y generosos. El verdadero orgullo de nuestra Diócesis no es otro que nuestras heridas, si éstas son provocadas por causa de Jesús. Esta realidad de fe se vive en el seno de la Iglesia como Pueblo de Dios y Misterio de Comunión.



Arzobispo de Santiago

7.- “Donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20)

52. Sin el Espíritu de Jesús la misma metodología del sínodo asfixiaría su dinamismo y su intencionalidad. Desembocaría en letra muerta sin haber transformado nuestras mentalidades. Convirtiéndose en un fin en sí mismo, dejaría de ser un instrumento a nuestro servicio para volverse un fardo pesado. Estaremos atentos para que esto no se produzca. Esto no nos exime de entregarnos en cuerpo y alma, con todas nuestras energías y capacidades, y poner al servicio de todos lo que es propio de cada uno. En nuestra vida y entrega se hace presente toda la vida y diaconía de nuestra diócesis.

53. Nuestra acción pastoral necesita creatividad, pero no olvidamos que la solidez de los compromisos se genera en proyectos que trascienden las urgencias del momento. No olvidamos que el mapa no es el territorio: tengamos la sabiduría e inteligencia necesarias para saber diferenciar la letra de la vida. El Sínodo, como tal, tampoco agotará todo el dinamismo ya sinodal de nuestra pastoral diocesana, pues es un instrumento para ella, no la misma realidad pastoral. Con todo, será sin duda la ocasión para remover las aguas de nuestra Diócesis.

54. Nuestra Diócesis aun asimilando valores propios de diversas configuraciones sociales, tiene presente la igualdad de todos los fieles en cuanto a la dignidad y acción en la cooperación a la edificación del Cuerpo de Cristo¹⁵, pues estamos bautizados en Él. Tampoco se configura socialmente como una democracia donde las opiniones de las mayorías sean el criterio de su actuar: somos un pueblo cuyos miembros son iguales en dignidad pero con diferentes carismas (cf. 1 Cor 12). Por eso, el Sínodo no es un parlamento, donde los dilemas se solventen mediante votos; éstos no representan necesariamente la concordia entre los corazones, fruto del Espíritu. Un sínodo es representación de la voluntad de la Iglesia *como tal*. Cada uno de nosotros, por la vocación que ha recibido sentirá sano orgullo por pertenecer al Cuerpo de Cristo, y sincera humildad por reconocerse uno de sus miembros.

55. El análisis lúcido y creyente de la experiencia nos ayudará a partir de la realidad concreta, pues es a ella y no a nuestros ingenuos idealismos a quien se dirigen nuestros trabajos. No hay mejor metodología que la que parte

¹⁵ Cf. Prefacio Común VII: “Tú, en la etapa final de la historia, has enviado a tu Hijo, como huésped y peregrino en medio de nosotros, para redimirnos del pecado y de la muerte; y has derramado el Espíritu, para hacer de todas las naciones un solo pueblo nuevo, que tiene como meta, tu reino, como estado, la libertad de tus hijos, como ley, el precepto del amor”. Esta oración de la Iglesia tiene para ella fuerza de ley: “Por su regeneración en Cristo, se da entre todos los fieles una verdadera igualdad en cuanto a la dignidad y acción, en virtud de la cual todos, según su propia condición y oficio, cooperan a la edificación del Cuerpo de Cristo” (CIC c. 208).



Arzobispo de Santiago

de la vida y de la experiencia leída desde la fe; ello nos capacitará para distinguir los sonidos de los ecos y el estruendo mediático de un auténtico signo de los tiempos. El método ha de estar al servicio de la corresponsabilidad eclesial, según la misión que a cada uno le compete en una Iglesia toda ella ministerial.

56. El Sínodo sigue el siguiente itinerario:

1. CONVOCATORIA: anuncio del Sínodo Diocesano en la celebración de la eucaristía el día 12 de octubre, Fiesta de Nuestra Señora del Pilar, a las 12 horas, en la Catedral.
2. FASE PREPARATORIA: sensibilización desde la oración.
3. FASE DE REFLEXIÓN: análisis, búsqueda y reflexión.
4. FASE SINODAL: debatiremos sobre las propuestas presentadas, mirando a lo que será el nuevo itinerario pastoral de nuestra diócesis.
5. EUCARISTÍA DE CLAUSURA: presentaremos los dones de esta experiencia diocesana, celebraremos lo vivido y pediremos al Señor que bendiga y multiplique este impulso evangelizador. Será la cima de todo lo que hemos vivido y trabajado, y el punto de partida de nuestra acción misionera: oración, reflexión y propuestas de acción en docilidad a lo que el Señor quiere de nosotros en la hora presente.

8.- *“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap 21, 1)*

57. Queridos diocesanos, no quisiera que nadie en la Diócesis se sintiera ajeno a este acontecimiento. Por gracia de Dios todos somos ricos espiritualmente para poder ser generosos. Estoy convencido de que todos alcanzáis a ver la trascendencia de lo que todo esto supone. Todos como bautizados participamos del sacerdocio común, siendo llamados a esta misión y sintiéndonos corresponsables. Hagamos nuestra la herencia recibida de nuestros mayores, testigos de la fe. No nos instalemos en la añoranza de tiempos pasados, resurjamos de la esperanza del Señor. No convirtamos en estatua de sal la semilla que hoy empieza a germinar.

58. Nuestra época ofrece sus dificultades pero también sus oportunidades. En cada momento Cristo nos está acompañando. ¡Ánimo! Para la tarea que nos espera no partimos de cero, sino del fruto de las generaciones que nos precedieron, hoy semilla que hoy haremos germinar. Ella será un día el



Arzobispo de Santiago

pan del que otros se alimenten. No olvidemos que en este momento crucial somos responsables de que la fe del Apóstol Santiago perviva en este rincón de nuestra Galicia y de nuestro Occidente.

59. La nueva evangelización nos incumbe a todos: arzobispo, sacerdotes, personas consagradas y laicos. El presbiterio diocesano, las comunidades religiosas, los institutos seculares, los movimientos laicales y las parroquias han de sentirse vivamente comprometidos. El servicio que prestamos cada uno necesita de la ayuda de todos. Por eso os convoco y animo a todos los cristianos de nuestra Iglesia diocesana para que os sintáis concernidos y corresponsables en este acontecimiento. Que no haya ningún cristiano, ningún grupo o institución que no se vea implicado ni sumergido en el dinamismo de este Sínodo diocesano.

60. Como ya indiqué más arriba, vuestro Obispo es el que más necesita de la cooperación de todos. Pido al Señor me dé sabiduría para reconocer la aportación de cada uno, y decisión para que redunde en beneficio de todos. Soy testigo, desde que el Señor me puso al frente de vosotros como Pastor de vuestra fe y grandeza de ánimo. Reconozco en el sentir de san Pablo hacia su querida comunidad de Corinto todo mi agradecimiento: *“Doy gracias a Dios continuamente por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Cristo Jesús; pues en él habéis sido enriquecidos en todo; en toda palabra y en toda ciencia”* (1 Cor 1, 4-5).

61. Pongo en María, Madre de Esperanza, y bajo las diversas advocaciones, con que tiernamente la invocamos y amamos en nuestra Diócesis, toda mi filial confianza, convencido de que ella nos enseñará a escuchar la Palabra de Dios, encarnarla en nuestra vida diocesana, y cumplirla. A su protección materna y al patrocinio del Apóstol Santiago nos encomendamos.



Arzobispo de Santiago

9.- ORACIÓN PARA EL SÍNODO

Dios Padre, mira con bondad
a esta Iglesia Compostelana
que, a ejemplo del Apóstol Santiago,
peregrina con el compromiso
de vivir y anunciar el Evangelio.
Te pedimos la luz y la fuerza de tu Espíritu
para agradecer tus dones,
reconocer nuestras deficiencias
y asumir el compromiso de la nueva evangelización.
Que los trabajos del Sínodo,
acontecimiento de gracia y de renovación,
nos ayuden a adherirnos fielmente a Cristo,
manteniéndonos fuertes en la fe,
seguros en la esperanza
y constantes en el testimonio de la caridad.
Con la intercesión materna de la Virgen María
y el patrocinio del Apóstol Santiago,
bendice, Señor, nuestros proyectos,
anima nuestro espíritu de comunión eclesial
y danos un renovado impulso en la vida cristiana.
Amén.

Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

+ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela